

# VAYAMOS A VER EL FIN DEL MUNDO

ROBERT SILVERBERG

Nick y Jane estaban contentos de haber ido a ver el fin del mundo, puesto que así disponían de un buen tema de conversación para la fiesta en casa de Mike y Ruby. Es bueno tener algo que contar en una fiesta. Y las de Mike y Ruby eran maravillosas. Su casa era magnífica, una de las más hermosas de la vecindad. Una casa que encajaba con todas las estaciones, con todos los estados de ánimo. Su sala de estar, con su mampostería falsa, era el punto focal de todas las diversiones. Había sido construida toda ella a la medida, con su rincón de tertulias y su chimenea. Tenía también una habitación para la familia, con falsas vigas y una pared forrada de madera. Y un estudio. Sin contar el enorme dormitorio con un armario que ocupaba toda la pared y con su baño privado. Exteriormente, el estilo arquitectónico era achaparrado, dando idea de solidez, con un patio central cubierto. A su alrededor, casi una hectárea de hermosísimos bosques. Las fiestas mensuales que ofrecían Mike y Ruby constituían grandes y anhelados momentos.

Nick y Jane aguardaron a que hubiera bastante gente. Entonces Jane dio un codazo a Nick, y Nick dijo jovialmente:

—¿Saben lo que hicimos la semana pasada? ¡Fuimos a ver el fin del mundo!

—¿El fin del mundo? —repitió Henry.

—¿Realmente fueron? —dijo Cynthia, su mujer.

—¿Y cómo lo consiguieron? —quiso saber Paula.

—Funciona desde el mes de marzo —dijo Stan—. Creo que es una filial de la American Express la que se ocupa.

Nick se mordió los labios: le irritaba que Stan estuviera ya al corriente del asunto. Pero, antes que este pudiera añadir algo más, se apresuró a continuar:

—Sí, es algo enteramente nuevo. Nuestro agente de viajes nos sugirió la idea. Te meten en una máquina que parece un submarino de bolsillo, ya saben. Hay una serie de diales y de palancas al otro lado de un panel de materia plástica transparente, para que tú puedas verlo todo pero no puedas tocar nada, y te envían al futuro. Aceptan todo tipo de tarjetas de crédito.

—Debe ser terriblemente caro —dijo Marcia.

—Bueno, los precios bajan aprisa —dijo Jane—. El año pasado tan solo los millonarios podían permitirse este lujo. ¿Realmente no habían oído hablar de ello?

—¿Y qué es lo que vieron? —preguntó Henry.

—Primero tan solo pudimos ver como una especie de niebla grisácea —dijo Nick—. Una niebla grisácea que parecía parpadear. —Todo el mundo le miraba fijamente, y Nick se sintió orgulloso de ser el centro de la atención general. Jane, a su lado, tenía una expresión satisfecha—. Y luego aquella especie de niebla se disipó, y una voz surgiendo del altavoz nos anunció que habíamos llegado al límite último del tiempo, a la época en que la vida se había vuelto imposible en la Tierra. Por supuesto, nosotros nos hallábamos protegidos en el interior del submarino hermético. Lo único que podíamos hacer era mirar. Miramos, y vimos una playa. Una playa vacía. El mar tenía un color extraño, de tonos rosáceos. Amaneció. El sol era rojo, como algunas veces al atardecer. Pero cuando alcanzó su cenit seguía siendo rojo. Parecía hinchado en los bordes. Ja, como algunos de nosotros. Brumoso e hinchado en los bordes. Un viento helado barría toda la playa.

—¿Cómo podían saber que el viento era helado si estaban encerrados en vuestro submarino?  
—dijo Cynthia.

Jane le lanzó una mirada asesina; Nick, sin inmutarse, prosiguió:

—La arena torbellineaba con el viento. Esto daba una impresión de frío. Y además, el océano era gris como en invierno.

—Háblales del cangrejo —sugirió Jane.

—Oh, sí..., el cangrejo. La última criatura viva de la Tierra. Bueno, por supuesto, no era realmente un cangrejo. Tendría una envergadura de unos sesenta centímetros y una altura de unos treinta, y su caparazón era de un color verde muaré. Sus patas debían superar la docena, y se veían antenas ondulantes por todas partes. Avanzaba muy lentamente ante nosotros. De izquierda a derecha. Necesitó todo el día para atravesar la playa. Y al crepúsculo, murió. Sus antenas cayeron, y dejó de moverse. Luego vino la marea y lo arrastró y se lo llevó. El sol se puso. No había ninguna luna. Las estrellas no estaban en sus lugares habituales. El altavoz nos dijo que acabábamos de asistir a la muerte de la última criatura viva de la Tierra.

—¡Fantástico! —exclamó Paula.

—¿Estuvieron fuera mucho tiempo? —preguntó Ruby.

—Tres horas —dijo Jane—. Pagando un suplemento puedes quedarte allí días e incluso semanas contemplando el fin del mundo, pero siempre te devuelven a un punto situado tres horas después de la partida. Para ahorrar gastos de niñera.

Mike le ofreció a Nick un poco de hierba.

—Es algo extraordinario —musitó—. ¡Ir a ver el fin del mundo! Ruby, deberíamos hablarle de esto a nuestro agente de viajes.

Nick aspiró una buena bocanada y pasó el «cigarrillo» a Jane. Se sentía orgulloso del modo como había desarrollado su relato. Todo el mundo había quedado impresionado. Aquel sol rojo e hinchado, aquel cangrejo huyendo lenta y majestuosamente... El viaje le había costado más caro que un mes en el Japón, pero había sido una buena inversión. Jane y él eran los únicos en la vecindad que habían realizado aquella excursión. Era algo importante. Paula lo miraba con un nuevo respeto, y Nick tenía la certeza que su opinión con respecto a él había cambiado diametralmente. Quizá ahora sí aceptara encontrarse con él en un motel el martes, a la hora de comer. El mes pasado había recibido un olímpico rechazo, pero ahora había nuevos elementos de atracción de por medio. La miró de soslayo. Cynthia apretaba las manos de Stan. Henry y Mike estaban acucillados a los pies de Jane. El hijo pequeño de Mike y Ruby —doce años— entró y se acercó al rincón de tertulia.

—Acaban de pasar un comunicado —dijo—. Unas amebas mutantes han escapado de un centro de investigación estatal y han alcanzado el lago Michigan. Son portadoras de un virus que licúa los tejidos, y los habitantes de los siete Estados limítrofes deben hacer hervir toda el agua potable que utilicen hasta nueva orden.

Mike miró severamente a su hijo, con el ceño fruncido.

—A esta hora tendrías que estar en la cama, Tommy.

Tommy salió. Llamaron a la puerta. Ruby fue a abrir. Regresó en compañía de Eddie y Fran.

—Nick y Jane fueron a ver el fin del mundo —anunció Paula—. Nos lo han contado todo.

—¿De veras? —dijo Eddie—. Nosotros también. Fuimos el miércoles por la noche.

Nick sintió como si le dieran un mazazo en la cabeza. Jane se mordió el labio y, en voz baja, le preguntó a Cynthia por qué Fran llevaría siempre unos vestidos tan horriblemente chillones.

—¿Y también lo vieron todo? —dijo Ruby—. ¿El cangrejo y todo lo demás?

—¿El cangrejo? —dijo Eddie—. ¿Qué cangrejo? Yo no vi ningún cangrejo.

—Ya debía estar muerto —dijo Paula—. Murió cuando Nick y Jane estaban allí.

—Hemos recibido un envío estupendo de Cuernavaca Lightning —dijo Mike—. Toma, prueba, fuma uno.

Eddie se giró hacia Nick.

—¿Cuándo fueron ustedes?

—El domingo por la tarde. Creo que fuimos de los primeros.

—Es algo sensacional, ¿eh? Claro que un poco lúgubre. Sobre todo cuando la última colina desaparece bajo el mar.

—Nosotros no vimos nada de eso —dijo Jane—. Y ustedes no vieron el cangrejo. A lo mejor no hicimos el mismo viaje.

—¿Qué es lo que vieron ustedes? —preguntó Mike a Eddie.

Eddie rodeó con sus brazos a Cynthia, que le daba la espalda, y respondió:

—Bueno, te meten en una especie de cápsula con un gran visor y...

—Todo esto ya lo sabemos —interrumpió Paula—. Lo que queremos saber es lo que vieron.

—El fin del mundo. El agua sumergiéndolo todo. El sol y la luna estaban allá en el cielo los dos al mismo tiempo...

—Nosotros no vimos ninguna luna —hizo notar Jane—. *No había* ninguna luna.

—Estaba a un lado, y el sol al otro —prosiguió Eddie, como si Jane no hubiera dicho nada—. Y estaba mucho más cerca de lo que debiera haber estado. Y tenía un color extraño, con tonos bronce. Y el océano lo cubría todo. Dimos media vuelta al mundo sin ver otra cosa que agua, salvo en un lugar. Allí había como una especie de colina de pequeño tamaño surgiendo del océano. El guía nos informó que era la cima del Everest. —Eddie se giró hacia Fran e hizo un gesto grandilocuente con la mano—. ¡Imagínense, flotar así casi al nivel de la cima del Everest! Apenas surgían diez metros de ella. Y el agua no dejaba de aumentar de nivel. Subía y subía..., hasta que finalmente lo recubrió todo. ¡Glop! Ni un centímetro de tierra firme. Debo reconocer que era algo más bien decepcionante, de no ser por la noción misma del viaje, claro. ¡Cuando uno piensa en la ingeniosidad de la mente humana, capaz de inventar una máquina para enviar a la gente a millones de años en el futuro y luego hacerlos regresar! Desgraciadamente, allí no había nada que ver excepto el océano.

—Realmente singular —dijo Jane—. Nosotros también vimos un océano, pero había una especie de horrible playa, y aquel cangrejo paseándose, y el sol..., un sol enteramente rojo. ¿El de ustedes también era rojo?

Fue Fran quien respondió:

—No. Más bien era verde pálido.

—¿De qué están hablando, del fin del mundo? —Era Tom quien preguntaba. Harriet y él estaban en la puerta, quitándose sus abrigos. El hijo de Mike debía haberles abierto. Tom tendió su abrigo a Ruby y avanzó hacia ellos—. Realmente, un espectáculo extraordinario.

—¿Ustedes también han ido? —preguntó Jane, con una voz que sonaba un poco falsa.

—Hace dos semanas. Mi agente de viajes me llamó y me dijo: «Adivine el producto que estamos proponiendo ahora: ¡el fin de esta mierda de mundo!». Hicimos cálculos: incluso con todos los suplementos, no resultaba tan caro como pudiera parecer. Así que nos precipitamos a la agencia. El sábado creo que fue. Aunque quizá fuera el viernes... Bueno, no importa. Lo que sí recuerdo es que fue el mismo día de la gran manifestación en la que incendiaron Saint-Louis...

—Entonces fue el sábado —dijo Cynthia—. Recuerdo que volvía del centro comercial cuando oí por la radio anunciar que estaban utilizando armas nucleares.

—Sí, fue el sábado —confirmó Tom—. Dijimos en la agencia que estábamos preparados para ir ya, y nos enviaron. Nos metieron en una cápsula y, ¡hop!, al futuro.

—¿Vieron una playa con cangrejos o un mundo sumergido bajo las aguas? —quiso saber Stan.

—Ni una cosa ni la otra. Se trataba de algo así como una super era glaciár. Los hielos lo recubrían todo. No se veían ni océanos ni montañas. La Tierra no era más que una enorme bola de nieve. Dimos una vuelta completa en torno a ella. La cápsula llevaba proyectores, ya que el sol era invisible.

—Bueno, yo estoy segura que todavía se podía distinguir el sol en el cielo —dijo Harriet—. Algo así como una esfera de cenizas. Pero el guía nos dijo que no era posible, que nadie podía verlo.

—¿Cómo es posible que cada uno pueda asistir a un fin del mundo distinto? —dijo pensativamente Henry—. Normalmente no deberían existir treinta y siete fines del mundo distintos. Quiero decir..., una vez que las cosas llegan a su fin, éste se produce de tal o cual manera, pero una sola vez.

—¿Y si todo fuera un truco? —sugirió Stan.

Todas las miradas se centraron en él. El rostro de Nick se puso rojo. Fran tenía un aire tan furibundo que Eddie tuvo que soltar a Cynthia y darle unas palmadas para calmarla. Stan se alzó de hombros y murmuró, a la defensiva:

—Tan sólo me hacía una pregunta.

—A mí me pareció terriblemente real —dijo Tom—. El sol extinto. La Tierra convertida en una inmensa bola de hielo. Incluso la atmósfera estaba helada, si comprenden lo que quiero decir. Realmente era el fin de esta mierda de mundo.

Sonó el teléfono. Rudy acudió a responder. Nick propuso a Paula que comieran juntos el martes.

—De acuerdo —dijo ella.

—Nos encontraremos en el motel —añadió él, y ella sonrió.

Eddie había vuelto a ocuparse de Cynthia. Henry, con aire completamente ausente, hacía esfuerzos por mantenerse despierto. Llegaron Phil e Isabel. Oyeron a Tom y Fran referirse a su viaje al fin del mundo, e Isabel anunció que ellos también habían ido, hacía apenas dos días.

—¡Dios santo! —exclamó Tom—. ¡Todo el mundo ha ido! ¿Cómo les fue a ustedes?

Ruby apareció de nuevo en aquel momento.

—Era mi hermana llamando desde Fresno, para decirme que estaba bien. El terremoto no ha llegado hasta allí.

—¿Qué terremoto? —preguntó Paula.

—El que ha devastado California este mediodía —dijo Mike—. ¿No lo sabes? Los Ángeles ha quedado arrasada casi por completo. Y prácticamente toda la costa ha sido devastada hasta Monterrey. Se dice que han sido los efectos secundarios de la explosión subterránea experimental efectuada en el desierto de Mojave.

—Ese tipo de terribles catástrofes siempre han sido normales en California —dijo Marcia.

—Y aún ha sido una suerte que el asunto ese de las amebas se haya producido en el este —dijo Nick—. Sólo hubiera faltado que ese problema se hubiera añadido en Los Ángeles a todos los demás que deben tener.

—Quizá no tarde en llegarles —hizo notar Tom—. Dos amebas de cada tres se reproducen por esporas aéreas.

—Como esos gérmenes de la tifoidea del pasado mes de noviembre —dijo Jane.

—No fue la tifoidea —rectificó Nick—. Fue el tifus.

—Precisamente le estaba explicando a Tom y a Fran que habíamos asistido al fin del mundo —dijo Phil—. El sol transformándose en nova. La cosa estaba organizada de un modo muy inteligente. Ya que, por supuesto, es imposible asistir al fenómeno *in situ* debido al calor, las radiaciones duras y todo lo demás. Pero nos ofrecieron una buena visión periférica del fenómeno. Una solución tremendamente elegante, en el sentido mcluhaniano del término. En primer lugar, nos

llevaron a un punto situado aproximadamente a dos horas antes de la explosión, ¿comprenden? No sé a cuantos miles de millones de años de aquí está situado ese momento, pero debe ser muy lejos, ya que los árboles eran totalmente distintos. Tenían algo así como escamas azules, y sus ramas eran cordadas. En cuanto a los animales, eran unas cosas extrañas que daban saltos sobre una sola pata...

—¡Oh!, no creo ni una palabra de esto —dijo Cynthia con voz afectada.

Galantemente, Phil hizo como si no hubiera oído nada.

—Y no vimos ni la menor huella de seres humanos —prosiguió—. Ni una ciudad, ni una casa, nada. Así que supongo que la raza humana debía haberse extinguido desde hacía tiempo. Nos dejaron mirar durante un buen rato. Claro que, evidentemente, no estábamos autorizados a salir de la máquina temporal, puesto que al parecer aquella atmósfera no era respirable. El sol empezó a aumentar de tamaño progresivamente. Empezamos a ponernos nerviosos..., ¿no es así, Isa? Quiero decir..., ¿quién nos aseguraba que no habían hecho mal los cálculos? Esos viajes son algo totalmente nuevo, y es muy fácil un error. Bueno, como iba diciendo, el sol fue aumentando progresivamente de tamaño. De repente, algo parecido a un brazo surgió de su lado izquierdo, un inmenso brazo de llamas que se tendió hacia nosotros a través del espacio, que se acercó, se acercó cada vez más... Teníamos que contemplarlo a través de unos cristales ahumados, como cuando uno observa un eclipse... Tuvimos derecho a dos minutos completos de explosión, y ya comenzábamos a notar el calor cuando dimos un salto adelante y nos hallamos dos años después. El sol había recuperado su forma normal, y amarillo. Y, sobre la Tierra, todo estaba reducido a cenizas, pero era más pequeño y blanco en lugar de ser más grande y amarillo. Y, sobre la Tierra, todo estaba reducido a cenizas.

—Cenizas —dijo Isabel con voz fuerte.

—Me recordó Detroit tras las bombas atómicas lanzadas contra Ford por el sindicato. Pero mucho peor. Cien veces peor. Montañas enteras se habían fundido. Los océanos estaban desecados. No había más que cenizas por todos lados. —Phil se estremeció y aceptó el «cigarrillo» que le tendía Mike.

—Aquellos animales con una sola pata... —murmuró ésta—. Seguro que fueron aniquilados. —Comenzó a sollozar. Stan se vio en la obligación de consolarla.

—Me pregunto —dijo— por qué es distinto para cada uno de los que van allá. La glaciación. O la subida de los océanos. O el sol que estalla. O lo que Nick y Jane vieron.

—Estoy convencido que la experiencia que cada uno de nosotros ha tenido del futuro es auténtica —dijo Nick. Tenía la sensación que él necesitaba reafirmar de alguna manera su autoridad sobre el grupo. Todo había ido tan bien cuando ellos habían contado su historia, antes de la llegada de los demás—. Es decir, que el mundo es víctima de toda una gama de calamidades naturales. No existe un solo fin del mundo. Así que eligen unos cuantos y envían a la gente a asistir a diferentes catástrofes. Pero ni por un instante dudo de la autenticidad de lo que yo he visto.

—Tenemos que ir —dijo Ruby a Mike—. Tan sólo dura tres horas. Les llamarás por teléfono el lunes a primera hora y contratarás un viaje para el jueves por la noche.

—El lunes son los funerales del presidente —hizo notar Tom—. La agencia de viajes estará cerrada.

—¿Han detenido ya al asesino? —preguntó Fran.

—No han dicho nada en las informaciones de las cuatro —respondió Stan—. Estoy seguro que quedará impune, como el anterior.

—Lo que no acabo de comprender es que todavía haya gente que quiera ser presidente —dijo Phil.

Mike puso un poco de música. Nick bailó con Paula y Eddie con Cynthia. Henry dormía. Dave, el marido de Paula, charlaba con Isabel. Tom bailó con Harriet, pese a que él era su marido. Hacía poco que ella había salido de la clínica, tras su trasplante, y él la trataba con una ternura infinita. Mike

bailó con Fran. Phil bailó con Jane. Stan bailó con Marcia. Ruby se unió a Eddie y Cynthia. Luego, Tom bailó con Jane y Phil con Paula. La hija pequeña de Ruby y Mike se despertó y bajó a dar las buenas noches. Mike la envió de nuevo a la cama. Se oyó el ruido lejano de una explosión. Nick bailó de nuevo con Paula pero, no queriendo que ella se cansara de él antes del martes se disculpó y fue a charlar con Dave, que tenía a su cargo el control de la mayor parte de sus inversiones.

—¿Telefonarás a la agencia de viajes al día siguiente de los funerales? —preguntó Ruby a Mike. Mike se lo prometió, pero Tom dijo que había muchas posibilidades para que el nuevo presidente fuera asesinado a su vez y tuviera que celebrarse otro funeral. Todos aquellos funerales desorganizaban de tal modo la producción, ya que las empresas tenían que cerrar continuamente sus puertas, que al final del año el producto nacional bruto iba a resentirse terriblemente, observó Stan. Cynthia despertó a Henry y le preguntó secamente si pensaba llevarla a ver el fin del mundo. Henry pareció azorado. En Navidad, su fábrica había volado por los aires como resultado de una manifestación pacífica, y todo el mundo sabía que tenía problemas financieros.

—Puedes pagar lo que vale —le dijo Cynthia, con una voz que dominó el murmullo de las demás conversaciones—. ¡Y es algo tan hermoso, Henry! El hielo, el sol que estalla. *Quiero ir.*

—Loy y Janet debían ir también esta tarde —dijo Ruby a Paula—. Pero su hijo pequeño les ha regresado de Texas con ese nuevo tipo de cólera, y han tenido que anularlo.

—He oído decir que una pareja vio como la Luna se hacía pedazos —dijo Phil—. Se acercó demasiado a la Tierra y se hizo añicos. Sus fragmentos caían como meteoros, aplastándolo todo. Uno de los grandes estuvo a punto de destrozarse la máquina temporal.

—No me hubiera hecho ninguna gracia —murmuró Marcia con voz inconcreta.

—La excursión que hicimos nosotros fue deliciosa —dijo Jane—. Ningún fenómeno violento. Tan sólo aquel enorme sol rojo, la marea, y el cangrejo en la playa. Nos sentimos profundamente emocionados.

—Es sorprendente lo que la ciencia es capaz de hacer hoy en día —dijo Fran.

Mike y Ruby llegaron a un acuerdo para intentar organizar un viaje al fin del mundo inmediatamente después de los funerales presidenciales. Cynthia, que había bebido demasiado, se sintió repentinamente mal. Phil, Tom y Dave hablaron de la bolsa. Harriet le contó a Nick su operación. Isabel flirteó con Mike. A medianoche, alguien conectó con las informaciones. Tuvieron ocasión de ver algunas vistas del terremoto, y una advertencia recomendando a las personas que vivían en las regiones afectadas hervir toda su agua. Luego apareció la viuda del presidente visitando a la viuda del presidente anterior para informarse de algunos detalles relativos al funeral. Luego hubo una entrevista con un dirigente de la sociedad de viajes temporales.

—Nuestra cifra de negocios es fantástica —dijo éste—. El año próximo el viaje temporal va a ser la principal industria de nuestro país.

El entrevistador le preguntó si la sociedad preparaba alguna otra cosa para el futuro además del viaje al fin del mundo.

—Más tarde quizá sí —respondió el hombre—. Pero de momento nuestra excursión funciona estupendamente. La demanda es enorme. No puede usted llegarlo a imaginar. Evidentemente, en los tiempos que corren, hace falta algo apocalíptico para conseguir un éxito de mercado.

—¿Qué entiende usted por *los tiempos que corren*? —preguntó el entrevistador. Pero una cuña publicitaria cortó la palabra a su interlocutor en el momento en que éste abría la boca.

Mike apagó el receptor. Nick se dio cuenta que él estaba profundamente deprimido. Sin duda se debía al hecho que un número tan grande de sus amigos hubieran hecho el viaje, cuando creía que Jane y él eran los únicos. Dándose cuenta que estaba al lado de Marcia, intentó explicarle cómo se desplazaba el cangrejo, pero Marcia se limitó a alzarse de hombros. Nadie hablaba ya del viaje temporal. La conversación había superado esta etapa. Nick y Jane se fueron pronto. Se acostaron, y

se durmieron casi en seguida, sin haber hecho el amor. A la mañana siguiente, el periódico dominical no fue distribuido a causa de una huelga y la radio anunció que las amebas mutantes estaban siendo más difíciles de neutralizar de lo que al principio se había supuesto. En aquellos momentos habían alcanzando ya el lago Superior, y todos los habitantes de la región debían hervir *obligatoriamente* toda el agua potable. Nick y Jane se miraron y se interrogaron acerca de sus próximas vacaciones. ¿Dónde podían ir?

—¿Y si fuéramos a ver el fin del mundo de cabo a rabo? —sugirió Jane. Y Nick se echó a reír, y su risa reverberó por toda la casa durante un buen momento.

**FIN**

Libros Tauro